

# MI PADRE ANUNCIABA EL FIN DEL MUNDO

LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ SON ESA RELIGIÓN NACIDA EN LOS ESTADOS UNIDOS, CUYOS MIEMBROS SUELEN TOCAR LA PUERTA DE TU CASA PARA CONVENCERTE. TOMAN ASIENTO EN TU SALA Y DICEN, POR EJEMPLO, QUE EL JUICIO FINAL ESTÁ CERCA. ¿PERO PUEDE UN PREDICADOR FATIGARSE DE SU TRABAJO? ¿QUÉ OCURRE CUANDO CREER (O NO CREER) YA NO ES EL DILEMA?

---

una crónica de **delfin vigil**  
traducción de **david hidalgo**

---





**N**ACÍ EN UN AÑO MUY conveniente, considerando que era cuando se suponía que el mundo llegaría a su fin: 1975. Al menos eso era lo que muchos en mi religión de los Testigos de Jehová creían entonces. Aunque, para ser honestos, no todos creían que el Día del Juicio Final y el inicio de «un nuevo sistema» debía llegar ese año. Puede que ni siquiera la mayoría lo creyera cierto. Pero muchos sí.

Algunos vendieron sus casas y cobraron sus pólizas de seguro. Unos cuantos renunciaron a sus trabajos para convertirse en predicadores a tiempo completo. Otros abarrotaron sus grandes automóviles y camionetas con víveres de emergencia, como si fueran el Arca de Noé, sabiendo con certeza que ellos reirían al último cuando el Armagedón<sup>1</sup> del Todopoderoso llegara. Algún día.

Por fortuna, mi padre no era de ese grupo.

Él era, como algunos de la religión preferían especificarlo, «uno de los testigos de Jehová». Y, en 1975, él también creía que nosotros estábamos viviendo el fin de los tiempos. Estoy seguro



de que aún lo cree. Él siempre tuvo ese hábito de apegarse a los hechos. Así, mientras los libros de los testigos de Jehová hacían referencias apocalípticas sobre ese año, las cuales podían aterrozar a cualquier adolescente fiel fornicador –aunque igual fueran tan vagas como para rectificarse en el caso de que 1976 llegara–, mi padre señalaba una cosa puntual. «No hay ninguna mención a 1975 en la Biblia», decía él antes de agarrar su desvencijada copia y leer en voz alta una de sus frases favoritas: «Mateo 24:36: “Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos ni el Hijo, sino sólo el Padre”».



La esquina de la calle 24 y Misión, en San Francisco, era la más conveniente para los predicadores callejeros. Un sábado por la mañana, mi padre y yo estábamos parados allí. Recuerdo que era 1978 y yo tenía unos tres años. El paseo de ladrillos brillantes sobre la estación del metro era el centro del barrio latino de la ciudad. Las mejores pupusas salvadoreñas, el cebiche peruano y el menudo mexicano del norte de California estaban disponibles a tiro de piedra y a una olorosa distancia. Y en esa esquina, los predicadores de todas las religiones podían soltar sus discursos garantizándose una amplia audiencia.

Nosotros hacíamos lo que hacíamos todos los sábados por la mañana: caminábamos alrededor del barrio e íbamos de puerta en puerta para distribuir copias en español de las revistas LA ATALAYA y DESPERTAD, que llegaban de los cuarteles de los testigos de Jehová de Nueva York. En esa esquina solíamos iniciar y terminar nuestras salidas. Aquélla era una mañana entera de sermones, y yo trataba de quitarme de encima una incómoda corbata de broche, cuando un hombre de otra religión se acercó y nos dijo algo como: «Ustedes van a arder en el infierno para siempre por sus falsas profecías».

Estoy parafraseando su discurso, por supuesto, basándome en mis lejanas memorias. Pero recuerdo vívidamente que, a pesar de que nos gritaba a través de un megáfono, yo podía sentir su mal aliento. Y él dijo estas palabras textuales: «Así es, pequeño. Te hablo a ti».

1. Término bíblico referido al fin de los tiempos a través de cataclismos. [Nota de los editores]



UN SÁBADO POR LA MAÑANA, MI PADRE Y YO HACÍAMOS LO QUE HACÍAMOS TODOS LOS SÁBADOS POR LA MAÑANA EN SAN FRANCISCO: CAMINÁBAMOS ALREDEDOR DE UN BARRIO E ÍBAMOS DE PUERTA EN PUERTA PARA DISTRIBUIR COPIAS EN ESPAÑOL DE LAS REVISTAS DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ. DE PRONTO, UN HOMBRE DE OTRA RELIGIÓN SE NOS ACERCÓ Y DIJO ALGO COMO: «USTEDES VAN A ARDER EN EL INFIERNO PARA SIEMPRE POR SUS FALSAS PROFECÍAS». YO TENÍA TRES AÑOS. «ASÍ ES, PEQUEÑO. TE HABLO A TI»

No recuerdo a qué religión representaba ese tipo. Conociendo San Francisco, bien podría haberse tratado de su propia religión. Pero el hombre (cuyo rostro por alguna extraña razón ahora recuerdo como el de un Lee Marvin<sup>2</sup> de cabello largo) naturalmente me asustaba. Recuerdo haber mirado a mi padre en busca de la verdad. «No te preocupes», me dijo él en español, poniendo una mano en mi hombro y dando una mirada intimidante que forzó a ese *Lee Marvin* a retroceder. «Este *cojudo* está loco».

El hecho de que la gente de otras religiones fuera loca y fanática era tranquilizador puesto que nosotros, los testigos de Jehová, solíamos ser acusados de lo mismo. En retrospectiva, puedo ver cómo puede parecer ligeramente retorcido el despertar a una docena de trabajadores temporales que compartían un departamento de un solo dormitorio, en el distrito de Misión, para hablarles de cómo «Dios Jehová está fundando un reino que pronto aplastará y pondrá fin a todos los gobiernos humanos controlados por Satán». Con todo ese discurso sobre el Armagedón y el fin del mundo era fácil perder de vista lo que nuestra organización llamaba «el predicar la Buena Nueva». Se requiere práctica para ofrecer un mensaje de posible condena eterna con un tono de autoayuda. Mi padre había perfeccionado el sistema *delivery*.

Casi todas las mañanas de los sábados de mi niñez alguien cerraba la puerta en nuestras narices, nos gritaba alguna obscenidad, echaba agua bendita a nuestros pies (para purificar la parte de su pórtico en la que nos habíamos parado) o simplemente nos señalaba para burlarse. Pero también durante casi todas esas jornadas un extraño nos invitaba a pasar.

Dentro de cientos de salas desconocidas y durante incontables horas observé a mi padre

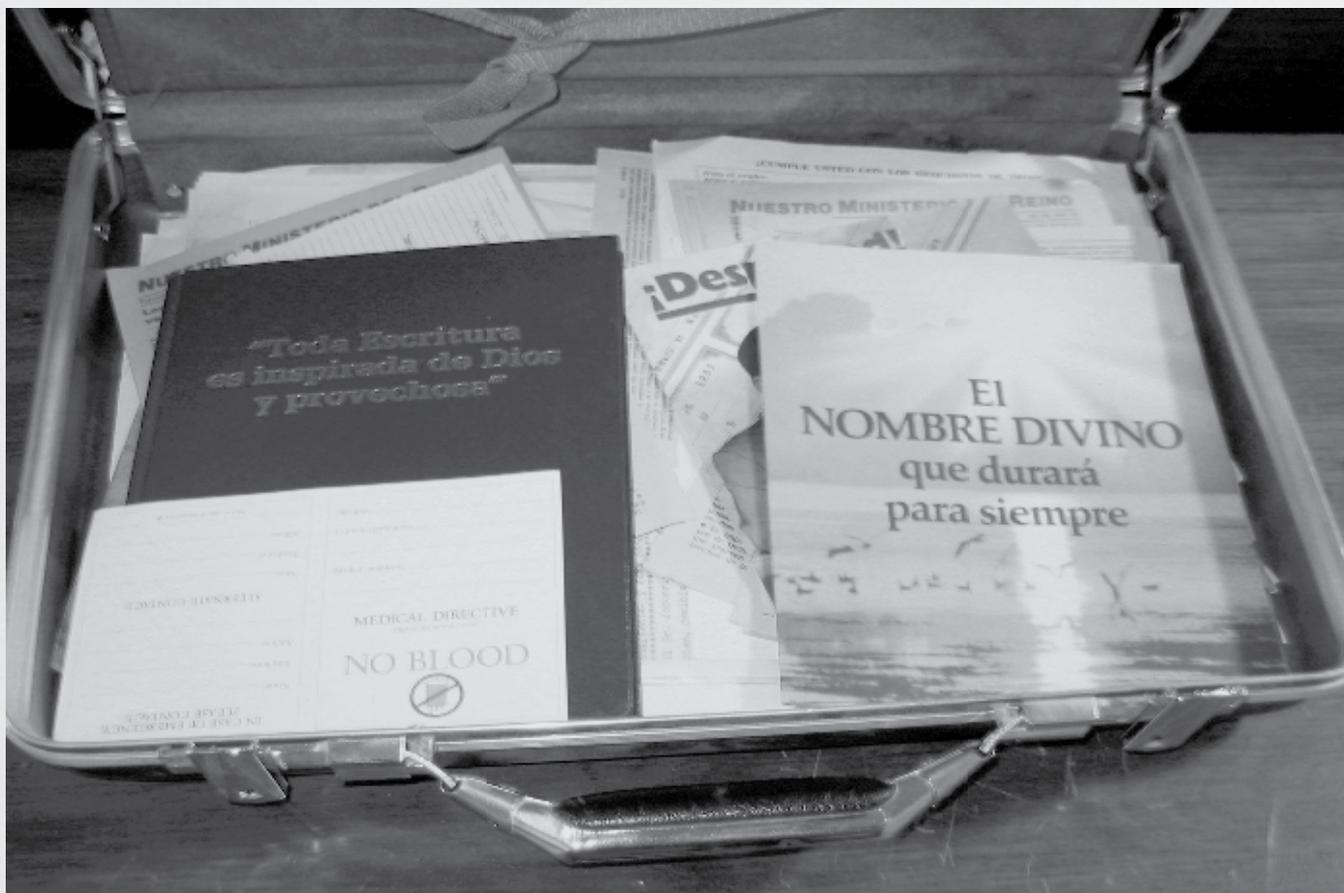
cautivar a perfectos extraños con una interpretación honesta y fervorosa, no sobre el significado de la muerte sino, mejor aun, sobre el significado de la vida. «Puedes vivir para siempre en un paraíso sobre la Tierra», era el mensaje final de la fe de los testigos de Jehová, y mi padre había decidido que tenía más sentido llegar rápido a la parte buena del discurso. A menudo, usando la Biblia protestante o católica de nuestro desconocido anfitrión para apoyar sus interpretaciones, él hablaba de un mundo donde los lobos reposarían con los corderos y el leopardo reposaría con el niño, y explicaba que Dios limpiaría todas las lágrimas de nuestros ojos y que la muerte no existiría más. Si él descubría que sobre el mantel había una vieja fotografía de un miembro de la familia que podía haber muerto, leía un pasaje de la Biblia que describía cómo los resucitados volverían a la Tierra. Como en todas las religiones, la idea es que si tú eres malo, serás castigado, y si tú eres bueno, serás recompensado. Al respecto, quizá la gran diferencia entre los testigos de Jehová y cualquier otra fe basada en la Biblia era que nuestra porción del pastel en el firmamento no estaba en el cielo sino en el propio planeta Tierra. Sí. Incluso la esquina de las calles 24 y Misión, en San Francisco, donde las prostitutas y los drogadictos se quedaban toda la noche y donde los tipos con un parecido a Lee Marvin vomitaban odio la mañana, sería pronto un paraíso, decía mi padre. Y hacia la tarde del sábado, muchos le creían.



Era fácil ser un testigo de Jehová a fines de los años setenta e inicios de los ochenta, especialmente si eras un niño. Mientras yo no consumiera drogas, ni me emborrachara, ni tuviera sexo con otra que no fuera mi esposa, ni me dejara crecer la barba, era un hecho que pronto yo sería ese niño tendido junto al leopardo en el paraíso en la Tierra. Sin embargo, la ilusión se hizo un poco más complicada a medida que yo crecía. Y vivir en una ciudad como San Francisco tampoco ayudó.

Mi padre era el supervisor mayor (o el líder) de nuestra congregación hispanohablante en la calle Alabama, dentro del distrito Misión. Esto hizo más difícil que mis dos hermanas mayores

2. Actor estadounidense de cintas de géneros clásicos, que vivió entre 1924 y 1987. [Nota de los editores]



Maletín que el padre del autor empleaba para predicar.

y yo nos metiéramos en problemas, pues buena parte de nuestras vidas suponía estar siempre en el Salón del Reino, como los testigos llaman a sus templos. Allí mi padre conducía, dirigía o supervisaba muchas reuniones de estudios bíblicos durante la semana. Con frecuencia eran cinco las noches de la semana en las que teníamos que asistir a todas las reuniones, y debíamos llegar temprano y quedarnos hasta tarde para que nuestro padre pudiera controlarlo todo: desde poner el micrófono y las sillas, hasta aconsejar a las adolescentes embarazadas, los abuelos alcohólicos y, tal vez, consolar a la madre cuyo hijo pandillero había sido arrestado.

El recorrido que mi padre había seguido para convertirse en el líder espiritual de la comunidad de testigos de Jehová no se parecía a ningún otro. Había crecido en las barriadas del Callao, el

puerto principal del Perú, guiado por una mujer católica y madre soltera de siete hijos. Mi padre fue el más joven e inquieto de todos ellos. Como él mismo reconoce, fue un ladrón, un mentiroso, un peleador callejero y un fornicador; todo ello a los trece años. También era el mejor jugador de fútbol del barrio y, luego de un receso en que se enroló en la Marina del Perú (donde siempre estaba metido en muchas peleas), jugó en el campeonato de fútbol de segunda división. Impresionado por su potencial, un pariente lejano que tenía relaciones en la esfera militar del país ayudó a mi padre a que sacara una visa y un pasaporte para que así él pudiera intentar jugar en Europa. Y lo consiguió. A comienzos de los años sesenta, pasó por equipos de Alemania, España e Italia. Aunque los momentos cumbre de su periodo en aquel continente incluyeron que experimentara con hachís y se emborrachase en el tren que lo llevaba al siguiente pueblo. Su momento más espiritual ocurrió mientras estaba en España y una mañana trató de llegar a misa y confesarse rápidamente en una iglesia católica. La belleza ornamental del edificio le recordó a su madre, que prác-

ticamente era la santa patrona de los huérfanos de su barrio de Lima. Pero no le dejaron entrar en la iglesia. Un empleado en la puerta reconoció su acento y sus rasgos físicos y le dijo que no se podía confiar en que los sudamericanos no se robarían los artículos de oro que había adentro. Era irónico que un español sospechara que un peruano se podría robar el mismo oro que, sin dudas, había salido del Perú durante la Conquista; y eso no pasó inadvertido para mi padre.

En 1962 él ya había llegado a San Francisco, en los Estados Unidos, donde un amigo cercano lo contactó con un equipo de la liga de fútbol. La mayoría de jugadores y fanáticos estaba conformada por antiguos ciudadanos de Europa y América Latina. La liga de la ciudad era muy popular y el nivel de juego de mi padre, uno de los más altos. Por ello, los representantes del equipo se apuraron en darle un departamento, un automóvil nuevo y algo que de otro modo habría sido difícil: le consiguieron un trabajo como estibador. Fue en esa ciudad donde mi padre empezó a cambiar sus costumbres descarriadas. Esa actitud no tuvo que ver con la espiritualidad, sino con que él nunca quiso volver a su antiguo barrio en el Perú. Dejó de beber, mantuvo un perfil bajo con la ley, envió remesas de dinero a su madre, se concentró en su trabajo en el astillero y jugó el mejor fútbol durante las noches y los fines de semana.

Cinco años después conoció a mi madre, una irlandesa católica de San Francisco. Ellos no tenían nada en común, lo que a veces puede ser bueno para que un romance funcione. Al mes se comprometieron. Mientras planeaban la boda, mi padre tuvo su segundo desencuentro espiritual con la Iglesia Católica. El sacerdote le dijo a la familia de mi madre que él no podía casar a esa pareja en su iglesia, porque estaba seguro de que mi padre ya tenía una esposa en el Perú. Según ese hombre, el peruano sólo estaba interesado en el matrimonio para ganar la ciudadanía estadounidense. Entonces mis padres se casaron en un municipio.

Por esa época, dos compañeros de trabajo de mi padre, en el astillero, estudiaban la Biblia con los testigos de Jehová. En algunas ocasiones también se guardaban algunas botellas de whisky

de los contenedores, como hacía todo el mundo en ese empleo, pero, más allá de ello, ambos hombres eran buenos amigos y buenas personas. Mi padre sentía que, desde que habían empezado a estudiar la Biblia, ambos habían mejorado. Luego de tener a su primera hija, él también sintió la necesidad de estar en el lado bueno de Dios, así que empezó a estudiar con sus dos amigos. Junto con mi madre, se hizo bautizar como testigo de Jehová a inicios de los años setenta. Era como si hubiera encontrado su verdadera vocación. Le gustaba cómo los testigos se referían a su religión como «La Verdad». Y fue «La Verdad» la que lo hizo libre por primera vez, al encaminar al lado positivo los rasgos que alguna vez lo habían marcado como un delincuente. Cuando mi padre robó de niño fue porque a menudo había momentos en que, de otro modo, no habría podido comer. Cuando peleaba, era para defender el honor de sus hermanas o para enfrentar a un matón que fastidiaba a su hermano, según me contaron ellos. No se puede negar que él tenía una veta mezquina. Pero su ira parecía provenir del hecho de ver que su familia, particularmente su madre, vivía en la pobreza mientras otros vivían como ricos. Como líder en la comunidad de testigos de Jehová él sintió que de pronto podía incorporarse y pelear por una causa que era justa y recta. Le intrigaba esa religión que proclamaba enorgullecerse en la responsabilidad a diferencia de lo que veía en la Iglesia Católica: una tradición corrupta e inequidad. Estaba seguro de que ese tipo de cosas no podían existir en «La Verdad».



Al crecer como testigo de Jehová recuerdo con frecuencia haber visto los nombres y las fotos de aquellos que sirvieron como presidentes de la organización. Todos tenían los mismos simpáticos cortes de pelo, rostros increíblemente bien afeitados y miradas intensas. Debido a que tenían raíces en lugares como Covington (Kentucky), Bethlehem (Pensilvania) y Morgan County (Missouri), pronto se me ocurrió que los líderes de mi religión eran todos serios hombres anglosajones. El primero de ellos, Charles Taze Russell, había formado en 1870 un grupo que se hacía llamar Los Estudiantes de la Biblia, una religión que se basaba en lo que él veía como contradicciones y malas interpretaciones en la mayoría de religiones cristianas. No creía en un infierno ardiente de manera literal, tampoco en el concepto de la Trinidad en el que Dios, Jesús y el Espíritu Santo son una misma persona (punto básico para las que se consideran religiones cristianas). En 1931, unos quince años después de la muerte de Russell, los Estudiantes de la Biblia se convirtieron de manera oficial en los Testigos de Jehová, y pusieron énfasis en la que es considerada la traducción

al inglés moderno (o tetragrámaton) de *Yahweh*, el nombre personal del Dios de Israel en el Antiguo Testamento hebreo. Hasta ese momento, los testigos habían atravesado muchos cambios: desde la doctrina oficial al nombre oficial. Pero, sin duda, los momentos más desfavorables de la historia de esa religión habían sido omitidos en la literatura que yo leí entre los años setenta y ochenta. Los tiempos cambian. Las culturas se adaptan. Aquellos que no lo hacen a menudo se quedan atrás.

Esta revelación me ocurrió cuando tenía unos diez años, no mucho después de que mi padre hubiera trasladado a nuestra familia fuera de la ciudad, hasta los suburbios de San Francisco. Vivíamos en un nuevo chalet de una tranquila calle cerrada en el pequeño pueblo de Benicia, donde la población latina parecía limitada a mis dos hermanos y yo. Nosotros éramos medio irlandeses por la línea materna. Desde el inicio, dejamos los viajes de casi sesenta kilómetros que hacíamos varias veces a la semana a nuestro antiguo Salón del Reino, en la calle Alabama, donde la congregación hispana continuaba creciendo. Mi padre insistía en hacer lo mismo donde ahora vivíamos, y que nos concentráramos en Vallejo, el pueblo próximo, donde había una amplia y creciente comunidad latina.

Para iniciar una congregación hispana en esa zona, lo primero que se necesitaba era un espacio en el Salón del Reino. En esa época, había unos cuatro de esos templos en Vallejo y otro en Benicia. Por coincidencia, varios de los miembros mayores en esos locales decían que no tenían tiempo o espacio para acomodar a un grupo de estudios bíblicos hispano. Esto ocurría cuando apenas habíamos unos veinte interesados en el grupo, incluyendo los cinco integrantes de mi familia. «No puedes empezar una congregación con sólo un miembro mayor», le dijo un representante de la congregación inglesa a mi padre. «Jehová no quiere una congregación de mexicanos aquí», le explicó otro.

Los líderes de los cuarteles de Brooklyn, con los que mi padre estaba en contacto permanente, veían las cosas de manera distinta. Quizá para el

disgusto de un par de racistas asolapados, mi padre pronto comenzó supervisar reuniones en español todos los domingos a las seis de la tarde, puesto que durante esos dos primeros años las demás mañanas y tardes estaban «reservadas».

Con frecuencia, mientras esperaba que esas congregaciones angloparlantes terminaran sus reuniones, empecé a descubrir que vivía en una subcultura dentro de otra subcultura. Las chicas de mi congregación solían usar bonitos vestidos entallados con al menos algo de escote. Nuestros muchachos tenían permiso (y en realidad podían) dejarse bigotes y chivitas. Sin importar si acabábamos de conocernos, nos saludábamos unos a otros al comienzo de las reuniones con abrazos y besos en la mejilla. Las chicas de la congregación inglesa a menudo lucían como si estuvieran yendo a una audición para LA FAMILIA INGALLS, y quizá eso motivó que muchos jóvenes de esa congregación se sintieran inclinados a asistir también a las reuniones de hispanos. Al margen de las diferencias culturales, incluso el mensaje parecía diferente. Nosotros adorábamos al mismo Dios, estudiábamos los mismos libros, seguíamos las mismas doctrinas y tocábamos las mismas puertas. Pero cuando hablas siempre sobre el fin del mundo y sobre cómo orar apropiadamente a Jehová —a menos que tengas un inglés de acento jamaicano—, el español se oye mucho más romántico.

Estar en la congregación hispana de los testigos de Jehová fue divertido durante un tiempo. Más latinos de la ciudad se mudaron a los suburbios y pronto nuestra comunidad se amplió a dos. Y luego a tres y a cuatro. Y después incluso a más. Mi padre desempeñó un papel instrumental al supervisar ese crecimiento, pues le dedicaba hasta sesenta horas a la semana a pesar de que también trabajaba como vendedor de seguros a tiempo completo. Casi cada verano en la convención anual hispana que los testigos de Jehová celebran en Carolina del Norte, él daba los sermones principales que terminaban con un sonoro aplauso de unas quince mil personas. Ésos fueron los buenos tiempos. Pero de alguna manera aún no eran «El fin de los tiempos». Recuerdo que en algún momento, a mediados de los años ochenta, escuché a una adolescente de mi congregación decir que el fin llegaría probablemente en 1999. Mientras ella escuchaba el disco 1999, de Prince, le había dado vuelta a la carátula hasta que notó allí el «666», y entonces así debía ser cuando Jesús peleara con Satán y el cielo se volviera púrpura y la gente corriera por todos lados. Tenía sentido.



Cuando 1999 llegó, yo no había pisado un Salón del Reino durante al menos cinco años. Ya no era un chico y tampoco era tan fácil ser un testigo de Jehová. Tenía veinticuatro años y había



UNA NOCHE EN QUE DEBÍAMOS IR AL TEMPLO, MI PADRE ADVIRTIÓ QUE YO QUIZÁ PREFERÍA QUEDARME EN CASA. ENTONCES, DIRECTO AL ROSTRO, ME DIO UNA CACHETADA. «¿A QUIÉN AMAS MÁS EN LA VIDA?», PREGUNTÓ. CONFUSO, RESPONDÍ: «¿A TI?». OTRA CACHETADA. «NO. DEBES AMAR A JEHOVÁ PRIMERO. PORQUE ÉL ES QUIEN TE DIO LA VIDA. ¿A QUIÉN AMAS MÁS EN SEGUNDO LUGAR?». «¿JESÚS?». OTRA CACHETADA TODAVÍA MÁS FUERTE. «NO. DEBES AMAR A TU ESPOSA, PORQUE ELLA ES CON QUIEN PASARÁS TU VIDA». UNA CACHETADA MÁS

probado algunas drogas, a veces bebía demasiado y tenía sexo. También me había dejado una barba. Mis dos hermanas también habían dejado de pertenecer desde hacía mucho tiempo a los testigos de Jehová, e incluso mi madre parecía un poco cansada y había empezado a perderse muchas de las reuniones. A diferencia de muchos antiguos testigos, ningún pecado especial o chocante nos había impedido seguir asistiendo. Fue un proceso gradual hasta que un día mi padre miró hacia abajo del escenario del Salón del Reino y vio que allí había cientos de rostros listos para el Armagedón —muchos de los cuales él había bautizado en persona—, pero ninguno pertenecía a su propia familia. Otro día mi padre me dijo que él tampoco asistía a las reuniones y hasta había renunciado a ser un «mayor». Escucharlo fue sentir como si una parte de él hubiera muerto. Y como todos los testigos de Jehová saben, los muertos no están en el cielo ni en el infierno. Sencillamente, están muertos.

Por un tiempo creí que mi padre esperaba una resurrección espiritual. Algunos de los hermanos y hermanas de la congregación intentaron ayudarlo. Pero él estaba demasiado molesto y se sentía desairado con respecto a algo que parecía no significar nada a los ojos de Dios. Los tiempos cambian. Las culturas se adaptan. Los que no lo hacen, a menudo se quedan atrás. Por desdicha, el servir a Jehová durante cuarenta años no es lo mismo que tener una carrera de fútbol en la que tus momentos cumbres son capturados en video e inmortalizados para siempre. No hay espacio para la nostalgia cuando se trata de cumplir con la voluntad de Dios.

No miro mis años como testigo de Jehová con fastidio o desprecio, que es la manera en que sé que otros antiguos miembros parecen hacerlo. Fue romántico e intenso pasar mis años formati-

vos preparándome para un nuevo cielo y una nueva tierra, y supongo que ahora estoy tan listo para ese momento como lo estaba entonces. Mi recuerdo favorito de esos tiempos es de cuando yo tenía siete años.

Era usual que los martes en la noche, alrededor de las seis, nos pusiéramos nuestros trajes para ir a una reunión en el templo. Mi padre estaba al frente de un espejo con los pantalones puestos, los zapatos brillantes, la camisa blanca y se aplicaba una loción para después de afeitarse en ese rostro que parecía tan terso como el de Charles Taze Russell, el fundador de la religión. Me miró a través del reflejo del espejo y vio que yo quizá prefería quedarme en casa. Entonces, directo al rostro y con el aroma de su loción Old Spice en la palma de la mano, me dio una cachetada. Fuerte. Luego me miró a los ojos y dijo:

—¿A quién amas más en la vida?

Confuso y temeroso respondí tímidamente:

—¿A ti?

Otra cachetada.

—No. Tú debes amar a Jehová primero. Porque Él es quien te dio la vida. ¿A quién amas más en segundo lugar?

—¿Jesús?

Otra cachetada todavía más fuerte.

—No. Debes amar a tu esposa, porque ella es con quien pasarás tu vida.

Una cachetada más, seguida por la posición de mi mentón de un modo en que él pudiera asegurar un contacto directo a los ojos.

—Después tienes que amar a tus hijos, porque con la bendición de Jehová tú y tu esposa les darán la vida, y entonces tú amarás a tus padres porque ellos hicieron lo mismo por ti.

Yo estaba llorando. No por el dolor de haber sido abofeteado sino por la culpa de sentir que, de alguna manera, le había fallado a mi padre. La sesión de bofetadas terminó pronto. Después nos abrazamos y terminamos de vestirnos de prisa para ir felices al Salón del Reino. De todas las lecciones de moralidad que he aprendido de los testigos de Jehová y de mi padre, ese orden de cómo y a quién debo amar es algo que sigue vivo en mí. En esa lección hubo algo que, incluso a los siete años, noté que él no había mencionado.

La religión.★